

# LOS AVELINOS

**Escribe: Luis Alayza y Paz Soldán\***

**E**l 16 de agosto de 1943 visité una vez más San Jerónimo de Tunán, distrito de Huancayo, para gozar de la fiesta de San Roque, personaje que poco a poco va arrebatando el patronazgo de la villa al ilustre padre de la iglesia que le da su nombre y a quien legítimamente corresponde.

Pregunté el por qué de esta suplantación, y díjoseme que ya San Jerónimo no hace milagros, en tanto que San Roque está en plena producción; y por ello, sin desahuciar al primero, las gentes comienzan a arrimarse al segundo.

Eso es en su forma más simple la política de mi país; y estos naturales aplicanla con buena fe, y con ingenuidad la confiesan.

Como voy en la comitiva de un diputado, recíbese oficialmente en la Municipalidad, cuyo amplio salón alto tiene una pequeña y bien escogida biblioteca, y paredes adornadas con grandes retratos del Libertador Bolívar. Esto me hace pensar en el fenómeno de que los pueblos rinden homenaje de preferencia al héroe de fuera, y no al autóctono: el Mariscal Cáceres; y nuevas reflexiones llévanme a meditar en las palabras divinas: nadie es profeta en su tierra.

En estas meditaciones estaba, cuando irrumpió en la enorme plaza de San Jerónimo una partida de danzarines vestidos con harapos y trapos viejos y desflecados, cubiertos con máscaras, capitaneados por un individuo de cara pintada de negro, descomunal sombrero de copas y frac azul ribeteado de carmesí.

Son los Avelinos, se me dijo, contestando a mis preguntas.

Momentos después los Avelinos subieron al salón, sentáronse en rueda en el suelo, y comenzaron a sacar de los *quipés* un servicio de mesa de piezas más pequeñas que los juegos de muñecas, verdaderas miniaturas, y a ofrecernos en ellas minúsculos panes no más grandes que habas, guisos locales: papas a la huancaína, chupes, picantes, etc., todo en proporciones hemeopáticas; y licores en copitas del tamaño de un dedal. En una breve fuente oval, un pollito asado enano, y en otra un chanchito que en el tamaño hacía competencia.

Después del ágape liliputiense comenzaron a danzar en torno nuestro al son de arpa, violines, saxofones y tinyas.

Uno del lugar explicábame: Son asociaciones en honor de San Roque, patrón de los viajeros; por eso vienen con las ropas destrozadas de las interminables andanzas, y portan comestibles en los *quipes*.

Pero Eusebio Rodríguez interrumpió al informante, diciendo:

**-Los Avelinos llevan este nombre por el General Andrés Avelino Cáceres. Esta danza no es antigua; lo sé por los que la fundaron. Recuerda el regreso de nuestros padres, que marcharon detrás del *Brujo*\*\* en la Campaña de La Breña. Dos años más tarde volvieron unos cuantos, muertos de hambre, cubiertos de harapos y descalzos, después de escurrirse entre las guarniciones chilenas apostadas en todos los pueblos y caminos del Mantaro en acecho del General.**

**Lo que pasa –continuó-, es que esta danza se ha mezclado con la de San Roque; pero el nombre y los harapos corresponden a los que volvieron después de la derrota en Huamachuco. Puede usted preguntárselo a los Inga, a los Meza, a los Porrás y a otros ancianos, que bien lo recuerdan.**

Ya; pues, Cáceres, me dije satisfecho, ingresó en las nebulosidades y prodigios de la leyenda, obra que la imaginación de los pueblos va bordando lentamente sobre la estameña de la Historia. En los lugares analfabetos esta labor folklórica es tan activa como las abejas que elaboran la miel en las colmenas. La ausencia de versiones escritas deja riendas sueltas a la fantasía.

La danza recordatoria de los Avelinos me consuela de la decepción que me produce hallar en las salas de los Municipios tan sólo el retrato de héroes extranjeros.

\*Luis Alayza y Paz Soldán, "*Mi País: En las Breñas del Perú*", Lima, 1944, pp. 59-60.

\*\*Los chilenos llamaban "*El Brujo*" al General Cáceres, por sus maravillosas apariciones y desapariciones en los días de La Breña.